

placer con el demonio, bajo aquella falsa imágen, llamada por él Armelina, que con todas las demás mujeres en cuyos brazos se había entregado á los goces de los sentidos. Y no creáis que estas fuesen en corto número, pues ese inmundo animal, calificación que merece mas que la de hombre, hasta había tenido un hijo de su hermana. Nada de lo que digo es secreto; al contrario, son cosas que constan en los procesos que se han formado contra él. Tan poseído estaba ese miserable de su diabólico amor, y tan brutalmente se abrasaba por su querida Armelina, ó sea el demonio en forma de mujer, que muchas veces paseaba con ella en la plaza é iban hablando como dos personas que andan juntas, aunque nadie la veía. Así es que, oyendo hablar y no viendo mas que á Don Benito, todos le juzgaban loco. Oid las maldades que ejecutaba llevado de su amor á Armelina. No bautizaba á los niños que le llevaban con tal objeto, segun se acostumbra entre Cristianos, sino que fingía hacerlo, y los volvía á mandar á sus casas sin bautismo: no consagraba las hostias cuando decía misa, contentándose con aparentarlo, y ocultando el engaño con los gestos usuales y cierto murmullo; en este estado las sometía á la adoración del pueblo. Si alguna vez consagraba realmente la hostia, al elevarla para que la viesen los fieles, como es costumbre, lo hacia trastornando la posición de la figura representada en ella, esto es, poniendo con los pies hacia arriba al crucifijo u otra imágen, en vituperio ó escarnio de Dios y de su santísima fe. Despues las conservaba, para darlas á las mujeres y á los hombres de mala vida, á fin de que las llevasen al juego maldito. De este modo aquel amor diabólico y bestial era causa de tantos pecados. Existe además otro necio y loco del mismo género, cuyo nombre es Pinetto, el cual ama tan desenfrenadamente á un diablo, que se le aparece en forma de mujer, y á quien llama Florina, que me ha dicho muchas veces preferiría arrostarse toda clase de martirios antes de renunciar á tan hermosísima amante, con la cual ha disfrutado de tantos placeres amorosos durante cuarenta años. Su locura ha llegado al punto de no creer en otro Dios que en ella. Ved cuán envueltos se hallan esos miserables hombres en las redes del demonio. Ni os figuréis que esos perversos despreciadores de la santísima y gloriosísima fe de Cristo, en su frenesí amoroso, solo cometan pecados contra la sagrada hostia y la fe; pues ejecutan otros innumerables crímenes: por ejemplo, roban las cosas ajenas, contaminan todos los lugares con sus maleficios, y principalmente están sepultados en los adulterios, estupro, incestos y fornicaciones. No les detiene el cometer los pecados con parientes, hermanas, hermanos y otras personas. Matan á los niños, chupan su sangre, hacen descender del cielo truenos espantosos, devastan los campos y los frutos con crueles tempestades y embravecidos vientos, hasta el punto de parecer que se hubieran conducido con mas templanza los que antiguamente encontraban los frutos, y contra quienes fué hecha la ley escrita en las Doce Tablas.

Apist. Bruja, ¿has puesto alguna vez en acción el trueno y el rayo?

Bruja. Sí, muchas.

Apist. ¿Has assolado las mieses con el granizo ó las tempestades?

Bruja. Una vez sola no; muchas.

Apist. ¿De qué modo?

Bruja. Despues de trazar el círculo, inmediatamente se presentaba mi amado Luis, no en forma de hombre, sino de fuego. Entonces empezaba á inflamarse el aire, se oían los truenos, el cielo relampagueaba, y el granizo y la tempestad arrasaban los campos, en especial los de nuestros enemigos, que deseaba ver assolados completamente.

Apist. Dime, ¿por amor á quién causabas tanta ruina?

Bruja. Me inducía á obrar el odio, no el amor.

Dicasto. Tenía el perverso Don Benito, de quien ya hemos hablado, setenta y dos años, cuando le apagamos la llama del criminal amor que profesaba á Armelina, ó sea á su diablo en forma de mujer, con otra llama muy grande, procedente de un enorme monton de leña, y todo quedó convertido en ceniza; tal es la manera de apagar un fuego con otro fuego. Conozco dos personas mas, abrasadas de un amor semejante; una de ellas pasa de los setenta y cinco años; la otra ha visto ochenta solsticios; ambas iban á ese profano y maldito juego ocho veces cada mes. Se sabe por testimonio y confesion de muchos de esos infenos y maldados, que no son una, dos, ni tres brujas, ni se limitan á tres ó cuatro mágicos y hombres perversos los que asisten al diabólico juego; estando perfectamente averiguado que van en gran número y multitud, de suerte que, segun cálculo, se encuentran en esa maldita reunion mas de doce mil personas....

Apist. Oye, buena bruja, dime: has matado algun niño?

Bruja. Uno solo no; muchos.

Apist. ¿Con el cuchillo ó con la maza?

Bruja. Con la aguja y los labios.

Apist. ¿De qué modo?

Bruja. Entráramos de noche en las casas de nuestros enemigos, por las puertas, ó bien por los conductos abiertos á nosotros, y mientras dormían los padres, cogíamos á los niños, los lleváramos junto á la lumbre, les claváramos la aguja por debajo de las uñas, y colocándolos los labios en la herida, extraíamos tanta sangre como podia contenerse en la boca, trágando alguna, y guardando el resto en un pequeño vaso, que se empleaba despues en elaborar el unguento con que nos untáramos las partes pudendas cuando queríamos ser conducidas al juego.

Dicasto. Para que no creáis que son fábulas, sueños ó meros juegos de la fantasía, y que no ha sucedido nunca real y verdaderamente eso de ir por las casas de este ó aquel matando niños, os diré que se han encontrado pobres criaturas, aun en la edad de la lactancia, con los dedos agujereados debajo de las uñas.

Apist. Responde, bruja; pues me sorprende que no gritasen y llorasen esos niños, cuando los tratábais tan mal, y les clavábais las agujas.

Bruja. Entonces están dormidos, de modo que no sienten; pero luego, cuando despiertan, lloran, gritan, se ponen malos y algunas veces mueren.

Apist. ¿Por qué no mueren todos?

Bruja. Porque los curamos, suministrándoles remedios beneficiosos, en atención á que nos producen grandes beneficios.

Apist. ¿Quién os ha enseñado á usar esos remedios?

Bruja. Los demonios.

Apist. ¿Qué os prometen estos?

Bruja. Una vida larga, grandes riquezas, y continuos placeres carnales, que poseemos y nos proporcionan sumo deleite.

Apist. Dime, por la fe de que careces, ¿te dió alguna vez dinero?

Bruja. Me dió un poco que no tardó en desaparecer. Sin embargo, he reservado unos cuantos sueldos....

Apist. Basta. Pero dime, bruja, ¿conociste que tu amante te estaba engañando?

Bruja. Nunca.

Apist. ¿Cómo es posible? ¿Cuándo veías desaparecer el dinero, qué opinabas?

Bruja. No paraba las mientes en ello. Y cuando volvía y nos entregáramos á los placeres amorosos, era tan fuerte el lazo que me echaba al cuello que solo pensaba en él.

Apist. ¿Qué exigía de ti en cambio de tantas promesas, de tantos placeres carnales, de tales muestras de amor?

Bruja. Solo exigía de mí que renegase de la fe de Cristo, que no esperase en este, sino en él, ante quien debía arrodillarme, adorándole y teniéndole por Dios....

Apist. Di, bruja, ¿en qué te diferenciabas de los buenos Cristianos?

Bruja. En nada. Iba á la iglesia; me confesaba en la cuaresma de todos mis pecados, excepto de este; despues me dirigía con los demás á la mesa de la comunión. De este modo no había ninguna diferencia entre mí y las otras mujeres. Mi amante no me prohibía hacer esto; solo me exigía que dijese algunas cosas en voz baja, y que ejecutase algunos actos en secreto; nada mas.

Apist. Refiere el todo, punto por punto.

Bruja. Cuando iba á la iglesia los días de fiesta, me ordenaba que, mientras leía el sacerdote la misa en alta voz (como se acostumbra), dijese en voz baja: No es cierto; mientes con toda la boca. Y cuando levantaba la hostia consagrada sobre la cabeza, para mostrarla al pueblo, á fin de que fuese adorada y reverenciada, quería que volviese á otro lado la vista, y que no la mirase; tambien me mandaba que colocase las manos atras, y que doblase los dedos debajo del vestido, como veís que hago ahora, lo cual equivalía á un soberano desprecio. Luego me decía que no debía descubrir nada de nuestros placeres amorosos al confesor, ni aun de las cosas pertenecientes al juego. Lo demás ninguna importancia tenía á sus ojos, y no se cuidaba de que lo dijese ó callase al confesor. Quería tambien que cuando fuera á comulgar, segun el uso establecido, no bien pusiesen la hostia en la boca, la sacase, fingiendo enjugarme los labios, y conservase en el pañuelo para llevarla al juego, con objeto de insultarla y escarnecerla de la manera que he referido antes, y de que la pistearan como va relatado. Además, llevaba siempre cosidas en mi vestido dos hostias consagradas, pues me decía que era tal su virtud, siendo llevadas así, sin respeto alguno, y mas bien con vituperio, que jamas podia confesar nuestros placeres, ni nada del juego, aunque me interrogase el inquisidor, ni con tormentos, ni de ningún otro modo. Sin embargo, como me apremiase el inquisidor, amenazándome con martirizarme gravemente, si no confesaba nuestros delitos, me ordenó aquel demonio feroz que arrojase las hostias en el vaso que me había llevado el carcelero para hacer mis necesidades.

Apist. ¿Ejecutaste esa orden infame?

Bruja. ¡Ay de mí, pobre y miserable! La ejecuté, en efecto. Pero no os duela oír una cosa en extremo horrible y espantosa que sucedió: al romper aquellas sacratísimas hostias en el estiércol con una vara, vi brotar de ellas la sangre viva....

(K) pág. 207.

DE LAS REUNIONES NOCTURNAS DE LAS BRUJAS, Y SI ES VERDADERA SU TRASLACION DE UN PUNTO Á OTRO.

Tomamos lo siguiente de la obra de MARTIN DEL RÍO, titulada *Disquisitionum magicarum*, libro III, c. 16.

« La primera opinión es que aquellas no intervienen en tales cabalgatas y reuniones, sino espiritualmente ó por una ilusión diabólica: así lo pensaron Lutero, Melancton y otros muchos sectarios; como tambien algunos católicos de España é Italia, por ejemplo, un tal Samuel, fraile francisco, autor de la *Fortaleza de la fe*, Martin de Arles, canonista, y entre los Italianos Ponzinibio, Juan Bautista de la Porta en el libro II de su *Magia natural*, y Alcíato en el libro VIII, *Parerg.* cap. 21, en cuya época no se conocía aun á fondo el asunto. Lo mismo opinan Ulrico Molitore (*De Python. mulieribus*, cap. 8), Duareno, y tambien Leonardo Vairo (*De fascino*, lib. II, cap. 13); si bien

sus argumentos son poco fuertes. ¡Pues qué! ¿Asegúrase esto tan solo de mujercillas, como se dejó decir Alcíato? ¿De dónde proviene entonces, que tantos hombres doctos, ilustres y prudentes, segun el siglo, confiesan todos los días la misma cosa, y son castigados por ello? Dígase que alguno, cuyos sentidos, así interiores como exteriores, están entorpecidos y embotados, y que tiene enferma su fantasía, es víctima del demonio; dígase, que una vez dañadas las fuerzas del cuerpo y las facultades del alma, puede el diablo hacer creer al hombre mas cosas que las que se figuran ver los ebrios é hipocondriacos, como enseña San Agustín; que son de tres clases los fantasmas, como notó perfectamente él mismo: y ¿qué se habrá probado con esto? que las brujas pueden engañarse, pero no que se engañen siempre. Ni es mayor prueba lo que él propio dice, acerca de las visiones prodigiosas, en sus cartas á Enodio; pues declaro que las almas no dejan los cuerpos, separándose de la contraria opinion de Bodino; declaro que los sentidos corporales se adormecen á menudo por completo, y que esas imágenes se presentan con una viveza tal que, ya despiertos, creemos haber oído, visto y hecho cosas que no han existido jamas. Sé muchos ejemplos de semejante engaño; como el del reo que, segun decía, había estado en el palacio de Dite (1); el de Gennadio, que creía haber asistido á él en los coros de los bienaventurados (2); el de un filósofo platónico, que se aparecía en sueño á otro, dándole lecciones (3); el de un padre, que mirando á la luz del día á su hija, creía ver una vaca (4).

Y no importa que sus cuerpos fuesen encontrados á menudo yaciendo en el mismo sitio, ni que se movieran de él, como se cuenta de Olao, de Tostato, de Grillando y de otros; ni tampoco el hecho referido en la vida de San German de las mujercillas á quienes parecia dar un banquete, y que sin embargo fueron halladas en sus casas durmiendo, y otras cosas por el estilo. Pues la única consecuencia que se saca es que esas mujercillas suelen engañarse, pero no que se engañen siempre. Si solo nos apoyásemos en conjeturas, tendria sin duda algun peso el argumento de Alcíato, cuando pregunta, por qué no pudiera ser que el diablo se encontrase en lugar de la mujer, que hemos dicho se había metido en la cama con el marido? Pero no partimos de conjeturas, y si de la unánime confesion de los reos de todos los siglos, naciones y sexos, eclesiásticos ó nobles, contra la cual no tiene la conjetura valor alguno. Micol engañó á los satélites de su padre sustituyendo, en vez de David, un maniquí: así tambien el demonio, tomando un cuerpo y colocándolo en la cama, puede y suele engañar al marido....

Oponen á esto el libro de San Agustín *De spiritu et anima*, cap. 21, donde se leen casi las mismas palabras que en *c. episcopi* 26, c. 5, que parece excomulgan á los que prestan fe á tales anécdotas de las mujercillas. Ese cánón es el Aquiles de los contrarios; con él se escudan y atacan. Respondo que aquel libro no es de San Agustín, ni de San Gregorio, á quien lo atribuyó el carmelita Juan Beezio, sino de Hugon Victorino, ó bien de Hugon Eteriano: la opinion de su autor, quienquiera que sea, no es otra que la del prenombrado cánón. Algunos disminuyen la autoridad de este, por cuanto es solamente emanacion de un concilio provincial, sujeto á engañarse; pero yo no quiero echar mano de tal recurso. Otros niegan que haya sido dictado por el concilio de Ancira, pues que no se encuentra en los ejemplares griegos y latinos de aquel sínodo; mas tampoco me agrada esta solución, visto que el cánón existe en algunas

(1) ALEX. AB ALEX, *Genial. dier.* lib. 6.

(2) S. AGUSTIN, *Epis.* 101.

(3) S. AGUSTIN, *De civ. Dei*, lib. XVIII, cap. 18.

(4) *Vita sancti Macarie.*